

EL REY DEL RIO DE ORO





00163282



EL REY
DEL RIO
DE ORO

★

CUENTO
DE
JUAN RUSKIN

★

Dibujos de
P. FOSSEY

EDITORIAL TOR

Río de Janeiro 760

Buenos Aires

LA ABEJA

LA MEJOR Y MAS ECONOMICA COLECCION INFANTIL ILUSTRADA

- | | |
|---|------------------------------------|
| 1 Pinocho en el teatro de títeres | 51 El niño raptado |
| 2 Blancanieves y los 7 enanitos | 52 Barba Azul |
| 3 Los príncipes encantados | 53 Tanino el hormiguero |
| 4 La Bella durmiente del bosque | 54 Gulliver en el país de gigantes |
| 5 Juanfuertes | 55 El tejedor de Segovia |
| 6 Piel de asno | 56 El príncipe Cododas |
| 7 La princesa y el erizo | 57 La amiguita de los pájaros |
| 8 Ali Babá y los 40 ladrones | 58 La señorita Scanderi |
| 9 La inocente mensajera | 59 Fábulas de Esopo |
| 10 Pinocho en campo de milagros | 60 Constanza |
| 11 El pájaro verde | 61 Nicolás y Nicolasa |
| 12 Pulgarcito | 62 Los recales de la reina |
| 13 Los maestros cantores | 63 El enfermero del Choclo |
| 14 El rey del río de Oro | 64 Grisélida |
| 15 Capuceta Roja | 65 Alicia en el país de maravillas |
| 16 Las tres princesas | 66 Aladino |
| 17 El triunfo del morro | 67 Genoveva de Brabante |
| 18 Pinocho en la isla de las abejas | 68 La Sirenita |
| 19 La princesa pícara | 69 Peter Pan |
| 20 Simbad el marino | 70 El patito feo |
| 21 Canción de Navidad | 71 Hombre que vendió su nombre |
| 22 Un viaje maravilloso | 72 Los tres pelos del chibolo |
| 23 El niño que se volvió hormiga | 73 Hansel y Gretel |
| 24 El enano Zacarías | 74 La flor del pantano |
| 25 Pinocho en gruta del monstruo | 75 El buque fantasma |
| 26 El legado del mozo | 76 La cámara del tesoro |
| 27 El gato con botas | 77 La desobediencia |
| 28 El hada de Granville | 78 El tarro de aceitunas |
| 29 De los Apeninos a los Andes | 79 El mensajero de la escoba |
| 30 Meñique | 80 La camisa del hombre feo |
| 31 El rey Cuervo | 81 La verdad sospechosa |
| 32 Almendrita | 82 La graciosa Emelia |
| 33 Pinocho en el país de juguetes | 83 El muchacho afortunado |
| 34 El niño perdido | 84 La novia elegida |
| 35 Robin Hood | 85 Las dos estatuas |
| 36 La isla encantada | 86 La botella encantada |
| 37 Pif Paf | 87 El mercader de Venecia |
| 38 La carga Brivana | 88 La obligación |
| 39 La alfombra mágica | 89 El favorito ingenuo |
| 40 El pájaro que reía | 90 Los dos ruiseñores |
| 41 La Conciencia | 91 El ladrón de Bagdad |
| 42 Aventuras del rey Beder | 92 El tambor del regimiento |
| 43 El muchacho y la fortuna, Fábulas de Samartigo | 93 El pájaro de oro |
| 44 Pinocho en el fondo del mar | 94 El barbero silesiaco |
| 45 Gulliver en el país de enanos | 95 Las tres perlas |
| 46 La bella Dorigen | 96 Gulliver en países maravillosos |
| 47 Las salamandras azules | 97 El príncipe impostor |
| 48 Los zuecos maravillosos | 98 El rey en busca de novia |
| 49 Las tres hermanas | 99 El soldadito de plomo |
| 50 Fábulas de Iriarte | 100 El mercader y la favorita |

ES PROPIEDAD. — Queda hecho el depósito que marca la ley.



EL REY DEL RIO DE ORO

I

El valle del tesoro



EN una región montañosa y apartada de Estiria, había en lejanos tiempos un valle extraordinariamente fértil. Estaba rodeado de abruptas montañas, cuyos altos picos se veían eternamente cubiertos de nieve. Numerosos torrentes se precipitaban desde las cimas, formando imponentes cataratas.

Una de estas corrientes de agua bajaba en dirección al oeste por el borde de un acantilado tan alto que, cuando el sol ya se había puesto para

el resto de la región, seguían sus rayos quebrándose en la magnífica caída de agua, ofreciendo el aspecto de una lluvia de oro. Por esta razón la gente de la comarca había puesto el nombre de Río de Oro a tan asombrosa maravilla de la naturaleza.

Por rara coincidencia, ninguno de los torrentes que bajaban por las montañas que circundaban el valle llevaba sus aguas a éste. Y así, mientras en las épocas de calor y sequía los campos por donde serpenteaban los ríos se abrasaban, el valle, que no tenía un solo arroyo, presentaba un aspecto encantador de verdor y frescura. Y con sus abundantes cosechas de cereales, sus pastos crecidos, sus frutas jugosas, su vino generoso y su rica miel era el asombro de cuantos lo conocían, siendo designado con el nombre de Valle del Tesoro.

Este magnífico lugar pertenecía por entero a tres hermanos llamados Negro, Juan y Feliz. Los dos mayores, Negro y Juan, eran terriblemente feos.

Vivían con lo que sacaban del magnífico cultivo del Valle del Tesoro, y poseían montones de oro guardado en distintos rincones de su casa. Sin embargo, no se sabía que hubiesen dado jamás un centavo o un pedazo de pan al necesitado. Eran tan crueles e inhumanos, que los demás vecinos les habían puesto el sobrenombre de los hermanos Oscuros.

El menor de ellos, Feliz, tanto en su físico como en su manera de ser era completamente distinto. Tendría unos doce años de edad, con ojos azules, cabello rubio y tez blanca, y era bueno y amable con todo el mundo. Como es de imaginar, no se



Mientras el muchacho estaba junto al fuego...

llevaba muy bien con Negro y Juan. Mejor dicho, eran éstos los que no se llevaban bien con él. Por lo general, le confiaban la tarea de dar vueltas al asador, cuando había algo que asar, que era muy de tarde en tarde. Le hacían limpiar el calzado, barrer y fregar los pisos y lavar los platos. Como única recompensa le permitían en ocasiones devorar las sobras que ellos dejaban y le propinaban una buena cantidad de golpes para despertar sus aptitudes varoniles.

II

El extraño visitante

Las cosas siguieron así durante varios años.

Un día en que el frío arreciaba, los dos hermanos mayores salieron dejando a Feliz al cuidado del asador. Como de costumbre, le recomendaron que no dejara entrar a nadie y, sobre todo, que no diera ni un mendrugo, aunque se lo pidiera el más necesitado de los pordioseros.

Mientras el muchacho estaba junto al fuego, dieron dos golpes a la puerta, dos golpes a la vez violentos y apagados, como si el llamador hubiera tenido una funda. Algo que, más que golpes, parecían resoplidos.

—Debe de ser el viento —pensó Feliz—. Únicamente el viento puede atreverse a dar dos golpes seguidos en nuestra puerta.

Pero no era el viento. Pronto se convenció, pues nuevos golpes volvieron a sonar, esta vez con extraordinaria violencia.

Antes de dar entrada al caminante, Feliz abrió la ventana y se asomó por ella, para ver quién



Un viejito de rara figura...

era. Y se encontró con un viejito de rara figura, vestido con una extravagancia como no había visto jamás otra igual en su vida. Tenía una nariz muy larga y de un color ligeramente bronceado. Era chiquito, pues no medía más de un metro con veinticinco centímetros de estatura. Llevaba un sombrero en forma de cucurucho, tan alto como él, adornado con una pluma negra de casi un metro de largo.

—¡Hola! —le dijo al muchacho—. Me parece que ésa no es la manera correcta de corresponder al que está llamando a la puerta. A ver si me dejas entrar, que vengo hecho una esponja.

—Perdone, señor —le dijo Feliz—. Lo siento mucho, pero no puedo. Mis hermanos me matarían a palos, si lo hiciera. ¿Qué es lo que desea?

—¿Que qué deseo? —dijo con petulancia el viejito—. Deseo lo que necesito: abrigo y fuego.

—El pobre está empapado —se dijo el muchacho—. Dejaré que se seque junto al fuego, aunque sólo sea un cuarto de hora.

Resuelto a llevar a cabo esta buena acción, se dirigió a la puerta y la abrió. Cuando entró el viejito, una racha de viento sacudió la casa, haciendo temblar la vieja chimenea.

—Eres un buen muchacho —le dijo, mientras se ubicaba junto al hogar—. Y nada debes temer de tus hermanos. Déjalos por mi cuenta. Les hablaré y los convenceré.

—¡Ni se le ocurra! —dijo Feliz, alarmado—. Además, no lo podrá hacer, pues no voy a permitir que permanezca aquí hasta la hora en que ellos van a venir. ¡Me matarían sin compasión si se enteraran!

El visitante se acomodó lo más cerca que pudo del fuego, sentándose en uno de los bordes del hogar, introduciendo el extremo de su sombrero por la chimenea.

—La carne parece apetitosa —dijo el anciano de pronto—. ¿Por qué no me das un poquito?

—No puedo, señor —respondió Feliz—. Y lo siento mucho.

—Tengo hambre —insistió el viejito—. Hace dos días que no como. Si cortaras un pedazo del codillo, no lo echarían de menos tus hermanos.

Dijo esto en tono tan plañidero, que el muchacho se estremeció.

—Bien —le dijo—. Le cederé mi parte, pues



—Soy un pobre viejo...

hoy mis hermanos me prometieron una tajada, pero no le podré dar ni un cachito más.

—Eres un buen muchacho —repitió el hombrecito.

Entonces Feliz calentó un plato y afiló un cuchillo. Y empezó a cortar un pedazo de la pierna de capón, mientras decía:

—No me importa que mis hermanos me peguen por hacer esto.

De pronto se estremeció. Había sonado un fuerte golpe en la puerta.

El castigo

El viejito saltó del sitio donde estaba sentado, como si lo hubieran pinchado. Feliz volvió a adherir el pedazo de carne cortada en la mejor forma que pudo, y corrió a abrir la puerta.

Negro, tirándole el paraguas a la cara, le dijo al momento de entrar:

—¿Por qué nos has hecho esperar tanto?

El muchacho no respondió.

—Buenas noches —exclamó el viejito, que se había quitado el sombrero y permanecía de pie en mitad de la cocina.

—¿Quién es este hombre? —gritó Negro, tomando un hierro de la cocina y dirigiéndose con gesto amenazador hacia Feliz.

—No lo sé —respondió el muchacho, muerto de miedo, pues daba por seguro el castigo.

—¿Quién eres? —le preguntó el mayor de los tres hermanos, volviéndose hacia el anciano.

—¿Qué te ha traído aquí? —rugió Juan.

—Soy un pobre viejo, señores —empezó a decir modestamente el hombrecito—, que al ver este lindo fuego a través de la ventana, pidió hospitalidad por un cuarto de hora.

—Debes irte —le dijo Negro—. Ya has dejado bastante agua en la cocina. No queremos que se convierta en un estanque.

—La noche está tan fría, que no es humano arrojar de este modo a un pobre viejo. Fijaos en mis canas.

—Pueden servirte de abrigo —dijo Juan—. ¡Fuera de aquí!

—Estoy que me caigo de hambre. ¿No podrían darme un pedazo de pan?

—¡Es lo que faltaría! —vociferó Negro.

—Márchate de una vez —dijo Juan, agarrándolo por el pescuezo. Pero apenas le hubo echado mano, salió disparado y dando vueltas por el aire.

Se dispusieron a embriagarse.



Entonces Negro, fuera de sí, se arrojó sobre el viejito, dispuesto a vengar a su hermano, pero en cuanto lo tocó, voló también por el aire, yendo a hacer compañía a Juan, después de haberse dado un golpe contra la pared.

El anciano, volviéndose hacia ellos, les dijo tranquilamente:

—Que les vaya bien, señores. Sepan que esta noche, a las doce, vendré a visitarlos de nuevo. Aunque, después de la poco grata acogida que me han hecho, no les extrañará si la visita que les anuncio es la última que pienso hacerles.

—Si te llego a agarrar aquí de nuevo... —balbuceó Negro, saliendo del rincón donde había ido a caer. Pero antes de que pudiera terminar la frase, el hombrecito había cerrado tras sí la puerta de la casa con gran estrépito.

—¡Buena la hiciste, Feliz! —dijo Negro—. Sírvenos el asado, y si te vuelvo a pescar en otra desobediencia... Pero, ¿qué veo?... ¿Quién ha cortado la carne?

—Acuérdense que me prometieron un pedazo —dijo Feliz.

—Y te has apresurado a cortar la parte más sabrosa y a comértela calentita con lo mejor del jugo. Te juro que ha de llover mucho antes de que te prometa otro pedazo de asado. Y ahora déjanos solos.

El muchacho salió de la cocina, apenado y melancólico.

Sus hermanos comieron toda la carne que les cupo en el estómago y guardaron bajo llave en una alacena la que sobró. Inmediatamente se dispusieron a embriagarse.

No tardaron en dormirse; pero, cuando el reloj dió las doce, fueron despertados por un tremendo estampido. La puerta de entrada se había abierto con tal violencia, que hizo estremecer toda la casa.

—¿Qué pasa? —gritó Negro, levantándose de un salto.

—Soy yo —respondió una voz, en la que reconocieron con espanto la del viejito.

Los dos hermanos escudriñaron en las tinieblas con azorados ojos. La pieza estaba llena de agua y en el centro había un enorme globo de espuma que giraba sin cesar moviéndose de arriba abajo.



Echó una mirada de despedida a su viejo amigo.

Encima de él estaba sentado el hombrecito con su cucurucho bien encasquetado y sin que le estorbaba ahora el techo, pues éste había desaparecido.

—En la mesa de la cocina encontrarán mi tarjeta —añadió el viejito—. Y no olviden que ésta es mi última visita.

—¡Ojalá sea así! —dijo Negro, temblando de frío.

Y el globo de espuma desapareció.

Pasaron el resto de la noche en el dormitorio de su maltratado hermano, y tan pronto amareció, se asomaron a la ventana. Lo que vieron fué una pesadilla peor que la sufrida a medianoche. El Valle del Tesoro era una masa informe. Una ferroz inundación había arrastrado las cosechas, los

ganados y los árboles. ¡Hasta la tierra fértil se había llevado! Estaba convertido en un espantoso erial de arena roja y lodo gris.

Horrorizados y temblorosos, los dos hermanos se fueron a la cocina. El agua había inundado todo el primer piso. Cereales, dinero, muebles y otros objetos habían sido llevados por las aguas. Solamente había quedado la mesa de la cocina y sobre ésta una tarjeta blanca, en la que estaban escritas, con letras de trazo prolongado y ondulate, estas extrañas palabras:

“El Viento Sudoeste”

IV

El viento abandona el valle

El Viento Sudoeste, que tal era el extravagante viejito, cumplió su palabra: no volvió a asomar por el Valle del Tesoro. Y ejerció tal influencia sobre todos los vientos del oeste, que éstos también decidieron olvidarse de aquel paraje. Y no volvió a caer allí una sola gota de agua.

Un día dijo Negro a Juan:

—Podríamos hacernos orífices. Es un negocio como mandado hacer para gente poco escrupulosas como nosotros, y de gran rendimiento, pues se puede adulterar el oro aleándolo con buena cantidad de cobre sin que nadie se dé cuenta.

—Me parece bien —le contestó Juan.

Inmediatamente pusieron manos a la obra. Alquilieron una fundición abandonada, e iniciaron el trabajo.

Pero dos circunstancias imprevistas vinieron

*Regresaron,
rugiendo como
condenados...*



a perjudicarlos seriamente. La primera fué que la gente, que no era tan tonta como ellos creían, no aceptó como bueno el oro que salía de sus crisoles. La segunda circunstancia desdichada fué que cada vez que los dos hermanos mayores vendían algo, dejaban al menor al frente de la fundición y se iban a una cantina próxima a beber hasta que no les quedaba un solo centavo.

Y así gastaron todo el oro que tenían, sin ahorrar nada para adquirir nuevas partidas. Lo último que les quedaba era un jarrón que Feliz tenía en gran estima, por ser regalo de un tío suyo y del que no quería desprenderse por todo



Feliz les contó todo lo ocurrido, pero ellos,



o de costumbre, no creyeron una sola palabra.

el dinero del mundo, aunque no bebía en él otra cosa que leche aguada.

Cuando a este jarrón le llegó la hora de ser arrojado al crisol para convertirlo en cucharas de similar, poco faltó para que el corazón del menor de los hermanos estallara de pesar. Los dos mayores se mofaron de él, y mientras el metal se fundía, se fueron a la cantina, dejando al muchacho el encargo de verter el oro líquido en los moldes para darle forma de lingotes.

Tan pronto Feliz quedó solo, echó una mirada de despedida a su viejo amigo que yacía en el fondo del crisol y se dirigió a la ventana. A través de los vidrios contempló las cumbres de las montañas que los rayos del sol poniente teñían de rojo y púrpura. También vió el río, el maravilloso río de Oro, desflecándose de roca en roca y despeñándose de precipicio en precipicio, mientras en sus aguas se quebraba la luz formando un doble arco iris.

—¡Qué lindo —dijo el muchacho en voz alta—, si ese río fuese realmente de oro!

—No lo creas —exclamó una voz a su oído.

—¡Eh?... ¡Quién habla? —dijo Feliz, pegando un salto.

Miró, alarmado, en torno suyo, pero no vió a nadie. Registró todos los rincones, muebles y armarios, sin encontrar ser viviente alguno. De pronto le pareció que el extraño ruido salía del horno. Corrió hacia él y miró en su interior. En efecto, no se había equivocado: el ruido estaba allí. Procedía del mismo crisol. Le quitó la tapa y dió un paso atrás, asustado. ¡El crisol estaba cantando!

El muchacho empezó a retroceder sin saber lo

que hacía, y así llegó hasta el rincón más apartado de la pieza, donde permaneció con las manos levantadas y una cuarta de boca abierta por espacio de dos o tres minutos, en el colmo de la estupefacción.

De pronto cesó el canto, y la voz de antes le dijo a Feliz en forma clara y sonora:

—Buenas tardes.

El muchacho no contestó nada.

—Buenas tardes, Feliz, hijo mío —repitió el crisol.

Haciendo de tripas corazón, como vulgarmente se dice, el muchacho se fué al horno, sacó el crisol y examinó su interior. El oro se había fundido, y su superficie estaba tan lisa y pulida como la de un lago en plena calma.

—Acércate, Feliz, hijo mío —decía la voz que



Jamás había atravesado un ventisquero como aquél.

salia del crisol—. Sácame de aquí, que estoy intacto.

Realizando un verdadero esfuerzo, recuperó Feliz el dominio de sus nervios. Tomó el crisol y volcó su contenido como para vaciar el oro. Y ocurrió algo sorprendente: en lugar de un chorro de metal derretido, salieron del recipiente un par de piernitas amarillas; después, los faldones de una casaca; a continuación, un par de brazos, y, por último, la conocida cabeza del jarrón. Uniéndose todas estas piezas según iban saliendo, apareció un enanito de oro de unos cuarenta y cinco centímetros de alto.

—Parece que estoy bien —dijo el pequeño personaje, mientras estiraba las piernas primero, los brazos después y moviendo a continuación la cabeza en todas direcciones por espacio de cinco minutos, como para cerciorarse de que sus miembros habían encajado donde correspondía. Feliz lo contemplaba en silencio, dominado por un extraordinario asombro.

No encontrando en el enano nada que le inspirara recelo, Feliz se animó a preguntarle:

—Disculpe, señor: ¿era usted mi jarrón?

El hombrecito avanzó entonces hacia el muchacho e irguiéndose con orgullo, le dijo:

—Soy el Rey del Río de Oro. La forma en que me conociste la debía a la maldad de otro rey más fuerte que yo. Afortunadamente, me acabas de librar de su encantamiento. Como he estado observando tu conducta, así como la de tus perversos hermanos, he decidido servirte. Atiende a lo que te voy a decir: El que suba a aquella montaña por la que desciende el río de Oro y vierta en sus fuentes tres gotas de agua bendita, logrará



A cada paso se quebraba el hielo.

convertir las aguas del río en oro verdadero. Pero el que fracasase en su primer intento, será inútil que repita la prueba: no lo conseguirá más. Y aquél que vierta agua que no sea bendita, será absorbido por la corriente y transformado en piedra negra.

Después de pronunciar estas palabras, el enano dió media vuelta y penetró en el horno, colocándose donde eran más vivas las llamas. Su extravagante figura se volvió colorada, blanca, transparente, deslumbradora. De pronto se elevó temblando y se desvaneció. ¡El Rey del Río de Oro se había evaporado!

—¡Dios mío! —exclamó Feliz, corriendo a examinar el caño de la chimenea por la que el misterioso personaje había desaparecido—. ¡Mi jarrón!... ¡Mi jarrón!...

V

La piedra negra

Apenas acababa de desvanecerse el Rey del Río de Oro, cuando regresaron, rugiendo como condenados, Negro y Juan, enteramente borrachos.

Ni bien su hermano menor les dijo que se había perdido totalmente el último objeto de oro que les quedaba, se enfurecieron de tal manera, que estuvieron dándole garrotazos al infeliz muchacho por espacio de un cuarto de hora. Después se dejaron caer en una silla y preguntaron a su dolorida víctima qué encargo le había dejado el evadido.

Feliz les contó todo lo ocurrido, pero ellos, como de costumbre, no creyeron una sola palabra, y la emprendieron nuevamente a golpes con él, hasta que se cansaron y se fueron a dormir.

A la mañana siguiente, ya más serenos, los dos hermanos mayores consideraron posible lo que les había contado Feliz el día anterior. Y estuvieron discutiendo largo rato sobre quién de los dos debía ir a probar fortuna primero. Se enardecieron tanto, que desenvainaron las espadas y se trabaron en lucha. El ruido de los aceros alarmó a los vecinos, quienes mandaron a buscar al alguacil.

Cuando llegó la autoridad, Juan logró escabullirse; pero Negro fué detenido y llevado ante el juez. Este le impuso una multa por haber alterado el orden; pero como la noche anterior había gastado en la cantina hasta el último centavo, fué condenado a sufrir largos días de prisión.

Al enterarse Juan, se puso muy contento y resolvió dirigirse inmediatamente a las fuentes del río de Oro. Sin embargo, no sabía de dónde sacar agua bendita. Se la pidió al cura de la parroquia, pero éste no creyó prudente dársela a un hombre de costumbres tan relajadas. Entonces Juan robó un vaso de agua de la pila de la iglesia y regresó muy contento a su casa.

A la mañana siguiente se levantó antes que saliera el sol; puso el agua bendita en un frasco; llenó una canasta con carne, pan y dos botellas de vino; se lo echó todo a la espalda y, tomando un bastón, partió en dirección a las montañas.

Sin tomar en cuenta la distancia que debía recorrer, inició Juan su jornada con paso tan precipitado que quedó casi sin fuerzas antes de transponer la primera cadena de verdes colinas. Al cruzar éstas quedó sorprendido viendo un ancho ven-



Llegó por fin...

tisquero, cuya existencia ignoraba, que se interponía entre él y el río de Oro. Penetró allí con la decisión propia de un hombre acostumbrado a recorrer escarpadas cumbres; pero a los pocos pasos se dió cuenta de que jamás había atravesado un ventisquero como aquél. El hielo era resbaladizo como ninguno y de todos los precipicios llegaban rumores de aguas despeñadas. A cada paso se quebraba el hielo y a sus pies se abrían profundas simas, mientras a su alrededor se balanceaban enhiestas agujas de hielo que se derrumbaban con estrépito, obstruyéndole el paso.

Eran las primeras horas de la tarde y el calor era asfixiante. Una intensa sed se sumó entonces al cansancio físico del viajero. Sus ojos no se

apartaban del frasco de agua bendita que colgaba de su cinto.

—Voy a beber un poco —se dijo—. Como tres gotas son suficientes para que se produzca el prodigio, tomaré tanto como para refrescarme los labios.

Ya se llevaba el frasco a la boca, cuando sus ojos tropezaron con algo que yacía sobre las rocas a su lado. Era un perrito que, a juzgar por su actitud, estaba agonizando de sed. Tenía la lengua afuera, y un enjambre de hormigas negras cubría sus fauces y su garganta. Los ojos del animal se posaron ansiosamente en la botella que Juan tenía en la mano. Este bebió con deleite, apartó con el pie al pobre animal y siguió su camino. En eso le pareció ver una extraña sombra que atravesaba velozmente el firmamento.

Trancurrió otra hora, y sus ojos nuevamente se fijaron en el frasco de agua bendita, que estaba poco menos que vacío, aunque contenía bastante más de tres gotas. Se detuvo, sacó el corcho con el propósito de humedecerse los labios y nada más y, como la vez anterior, vió que algo se movía cerca suyo. Era nada menos que un niño que yacía moribundo sobre las rocas ardientes. Su pecho se levantaba rítmicamente, sus ojos estaban cerrados y en sus labios se notaban los efectos de la sed. Juan lo miró con indiferencia, bebió un pequeño sorbo y siguió su camino. Entonces una nube negra y espesa tapó el sol. Largas sombras parecidas a serpientes se encontraban por las laderas de las montañas.

El caminante seguía en su empeño. El sol iba rumbo al ocaso, pero no por eso mermaba el calor. El supremo objeto del viaje estaba ya pró-

—Me estoy muriendo
de sed.



ximo. Veía Juan encima de él la catarata formada por el río de Oro.

De pronto un débil grito le hizo detener el paso. Se dió vuelta y vió a un pobre anciano tendido sobre las rocas. Tenía los ojos hundidos y una palidez mortal invadía sus facciones en las que estaba reflejada la desesperación.

—¡Agua!... ¡Agua!... —clamaba con voz débil, mientras tendía los brazos en dirección al caminante—. ¡Agua, por Dios, que me muero de sed!

El malvado pasó por encima de su cuerpo y continuó su camino.

En los oídos de Juan resonaron de manera extraña los rugidos del río de Oro.

Tomó el frasco y lo arrojó al torrente.

Inmediatamente un horrible escalofrío estremeció todos sus miembros; vaciló durante un breve instante, lanzó un grito y se desplomó. Entonces las aguas se juntaron sobre su cuerpo. ¡Y desde aquel instante los lamentos del río fueron

más intensos al precipitarse sobre él, convertido en piedra negra!

VI

La tentativa de Negro

Feliz, el desdichado Feliz, esperó con ansiedad el regreso de su hermano Juan.

Al ver que no volvía, se apoderó de él un miedo terrible.

Se fué a visitar a Negro en la cárcel y le contó lo ocurrido. Este se alegró mucho, pues se imaginó de inmediato que Juan habría sido convertido en piedra negra. Por lo tanto, todo el oro del maravilloso río sería para él solo.

Feliz seguía muy triste. Pasó la noche entera llorando. Cuando a la mañana siguiente se levantó, viendo que no había un solo pedazo de pan en toda la casa ni plata para comprar, se dirigió al taller de otro orífice y le ofreció sus servicios. Fué admitido, y trabajó con tan buena voluntad y limpieza, que no tardó en reunir el dinero necesario para abonar la multa impuesta a su hermano Negro. Pagó, y éste fué puesto en libertad inmediatamente.

Lleno de satisfacción, el malvado dijo que conseguiría apoderarse de una parte del oro del río; pero Feliz le rogó que se dedicara únicamente a investigar lo que había sido de Juan.

Cuando Negro se enteró que su hermano había robado el agua bendita, pensó que semejante acción no debía ser muy del agrado del Rey del Río de Oro. Por lo tanto, decidió obtenerla valiéndose del jardinero de un convento. Y con el agua



Arrojó las tres gotas de rocío.

en un pequeño frasco y las provisiones en una canasta, se encaminó hacia la montaña.

Y se encontró con el perro, el niño y el anciano, a quienes negó todo socorro.

Llegó por fin a la orilla del río maravilloso. Sus ondas eran negras como nubes de tormenta, pero la espuma que levantaban tenía el color del fuego. El rugir de las olas a sus pies y el tronar de la tempestad sobre su cabeza se confundieron en el instante supremo en que arrojó a la corriente el frasco.

Apenas lo hubo hecho, los relámpagos lo cegaron y la tierra cedió bajo sus pies. Inmediatamente las aguas se juntaron sobre su cabeza. Y desde entonces los lamentos del río resuenan con terrible intensidad al precipitarse sobre otra piedra negra.

VII

Feliz en el río de Oro

Cuando vió Feliz que Negro tampoco regresaba, sintió una angustia mortal.

Fué a ver a un sacerdote, el cual, sin inconveniente alguno, le dió agua bendita. Puso ésta en un frasco, y con un poco de pan que colocó en una canasta, salió temprano rumbo a las montañas.

Una vez que hubo traspuesto el ventisquero sintió una sed espantosa. Cuando se disponía a beber del frasco, tal como habían hecho sus hermanos, vió a un anciano que descendía por el sendero apoyado en un bastón.

—Hijo mío —le dijo al muchacho—, me estoy muriendo de sed.

Feliz lo contempló, y al verlo tan agotado, le alcanzó el frasco, diciéndole:

—Lo único que le pido es que no se beba toda el agua.

El anciano tomó con avidez, y cuando le devolvió el frasco éste contenía apenas una tercera parte del líquido. Le deseó al muchacho un feliz viaje, y éste reanudó la marcha.

A partir de entonces el camino se le hizo más fácil.

Anduvo durante una hora más, aumentando de tal manera su sed que sintió nuevamente unos deseos irresistibles de beber el contenido del frasco. Pero, tal como les aconteció a sus hermanos, apenas iba a cumplir su propósito vió a un niño tirado en la orilla del camino, que imploraba un poco de agua para aplacar la sed que lo estaba matando. Aproximó el frasco a los labios de éste, y la infeliz criatura apuró el contenido, dejando apenas unas gotas.

Una vez que hubo bebido, el niño contempló sonriente al caminante, se levantó y descendió velozmente la montaña.



Se precipitaba desde lo alto...

Después de otra hora de marcha, la sed de Feliz se hizo más intolerable que nunca. Se dispuso a remojar los labios con el escaso contenido del frasco, pero al examinar éste vió que únicamente quedaban en él cinco o seis gotas. Por lo tanto, no se atrevió a tocarlas.

Cuando estaba colgando de nuevo el frasco del agua bendita en su cinto, vió un perrito que yacía sobre las rocas, tal como lo habían encontrado sus hermanos el día de su ascensión. El muchacho se detuvo para contemplarlo. Miró después el río, que se hallaba ya cerca.

Recordó entonces lo que le había dicho el enano del jarrón, o sea, que nadie que fracasara en su primera tentativa podría tener éxito en la segunda. Decidió, pues, seguir adelante, por mucha lástima que le inspirara el perro; pero éste lanzó un aullido tan lastimero, que Feliz se detuvo nuevamente.

—¡Pobre animal! —se dijo—. Si ahora no le presto auxilio, cuando yo esté de vuelta ya se habrá muerto.

Volvió a mirar atentamente al perro, y al ver que tenía clavados en él sus ojos suplicantes y lánguidos, se sintió conmovido y exclamó:

—¡Que se vayan al diablo el rey y su río de Oro!

Destapó el frasco y vertió su escaso contenido en las fauces reseca del desdichado can. Entonces éste pegó un salto y se paró sobre sus patas traseras. Inmediatamente desapareció su cola, sus orejas se volvieron largas como hilos de seda dorada, su nariz se tiñó de colorado y sus ojos adquirieron un extraordinario brillo. En tres se-

gundos el perro quedó convertido en el Rey del Río de Oro.

—Te agradezco lo que has hecho —le dijo éste. Y al observar en Feliz señales inequívocas de consternación por lo que había dicho sobre él al decidirse a calmar la sed del perro, agregó—: No temas nada, que todo irá bien.

—Le quedo reconocido —exclamó el muchacho—. ¡Pero por qué mis hermanos no fueron los favorecidos, si vinieron con agua bendita?

—El agua que es negada a los desvalidos —dijo el enano— se convierte en agua maldita.

Diciendo esto, el Rey del Río de Oro se agachó y tomando una azucena que crecía a sus pies y en cuyas immaculadas hojas brillaban tres gotas de rocío, las sacudió, haciendo caer éstas dentro del frasco que Feliz conservaba en la mano, mientras le decía:

—Esta agua para mí resulta bendita, pues contiene el vaso de la clemencia. Arrójala en el río y desciende por la vertiente opuesta al Valle del Tesoro. ¡Y que tengas buena suerte!

Inmediatamente la figura del enano se fué haciendo trasparente hasta desaparecer del todo.

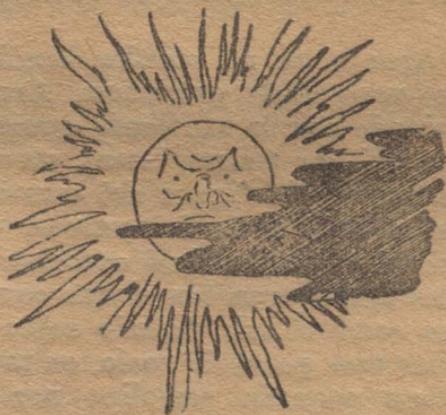
El muchacho se aproximó entonces a la orilla del río. Las aguas eran tan claras como el cristal y brillaban como el sol. Cuando sobre la corriente arrojó las tres gotas de rocío, en torno de ellas se formó un pequeño remolino por el que las aguas descendieron.

Feliz contempló el fenómeno, lleno de desilusión, pues el río, no sólo no se convirtió en oro, como le había prometido el enano, sino que disminuyó notablemente su caudal. Sin embargo, resolvió seguir obedeciendo las órdenes del extraño

rey. Y descendió por la ladera opuesta de la montaña hasta el Valle del Tesoro, y al hacerlo le pareció oír un rumor de agua como si hubiera una corriente bajo sus pies. Y cuando sus ojos descubrieron el valle vió que un río parecido al río de Oro se precipitaba desde lo alto y corría subdividido en innumerables arroyos regando su árido suelo.

Y observó con asombro que el pasto crecía y la húmeda tierra se cubría de lozanas plantas.

Feliz fué a vivir en el valle, y los necesitados jamás fueron arrojados de la puerta de su casa. Ninguno salió de ella con las manos vacías. Y sus galpones se fueron llenando de cereales, y su casa, de riquezas; de manera que para él, el río, según se lo prometiera el enano, quedó convertido en un verdadero Río de Oro.



F I N

SC
43
C-LA
14

CUENTOS INFANTILES

LA ABEJA

14

